



2^{do.} Coloquio
Sobre Estudios
De Género

Violencia entre Hombres y Mujeres

Edificio H Salas de Seminarios, UAM-Iztapalapa, 29 y 30 de Junio

Se extiende la presente:

Constancia

Por su participación en este coloquio como **PONENTE**:

Angélica Bautista López

Dr. Octavio Nateras Dominguez
Director de División de Ciencias
Sociales y Humanidades

Dr. Rafael Montesinos Carrera
Organizador del Coloquio

Iztapalapa



Casa abierta al tiempo



CONACYT
Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología

La construcción social de la victimización: la naturalización de la desigualdad

Angélica Bautista López¹
Universidad Autónoma Metropolitana
Iztapalapa

Resumen

Es *lugar común* la referencia a una violencia inter-pareja vertical, del hombre hacia la mujer. Si bien se trata de una realidad inobjetable, la relación inter-género es un tipo de relación humana en la que las creencias y los valores juegan a favor y en contra de ambas partes interactuantes. La propuesta del presente trabajo es, a partir de los datos arrojados por la Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las relaciones en los hogares del INEGI, proponer un tipo de construcción social de la victimización, que permita problematizar la naturalización de la desigualdad, que lleva a un ocultamiento del papel activo de *la víctima* en una situación de violencia de pareja.

Palabras clave: victimización, desigualdad, creencias, valores, naturalización.

Introducción

En la vida cotidiana las relaciones entre las personas son el espacio en el que se objetivan construcciones sociales de toda índole. En el caso al que me referiré hoy, es en la relación de pareja, en la que se aprecia con mayor nitidez una construcción social que sustenta datos y cifras de afectación

¹ angelicabautista@hotmail.com

**La construcción social de la victimización:
la naturalización de la desigualdad**

hacia un grupo social específico, me refiero a las mujeres. Se trata de la construcción social de la victimización.

La violencia entre las personas es una realidad de todos y de todas. Forma parte de nuestra vida cotidiana y es reconocible, en ciertas circunstancias. Pero no se trata de un fenómeno que devenga de la maldad o la falta de bondad de los seres. Es en realidad una expresión visible que externaliza pensamientos y creencias de toda la sociedad. En el fondo de la violencia se ubica la desigualdad. Si el día de hoy hay más violencia y esta es más violenta es porque el día de hoy hay más desigualdad y ésta es más desigual. La violencia cotidiana expresa una inequidad en la sociabilidad que no es asequible de resolver, por las personas en tanto individuos. Siendo así, la imposibilidad explota en maltratos, físicos y verbales, que pueden ser directos e indirectos.

Son violentos los hombres y las mujeres. Son violentos los niños y los adultos. Son violentas las personas porque la desigualdad y el ejercicio desigual del poder son expansivos y alcanzan a todos. Sin embargo, las cifras de la afectación de la violencia, en las relaciones humanas nos indican que uno de estos actores está siendo afectado de manera específica. Las mujeres como grupo humano han enfrentado, a lo largo del tiempo, una fuerza que las constriñe y las violenta. Esto es ampliamente reconocido e nuestro presente, ya que las posturas *políticamente correctas* indican que hoy hay que ser *ecologista, demócrata y feminista*. Feminista porque, ¡claro, las mujeres y los hombres son iguales!

Pero no, la igualdad no es una realidad en nuestro presente. Las relaciones inter-género son el espacio relacional en el que con mayor fuerza se aprecian las desigualdades, ya que se

**La construcción social de la victimización:
la naturalización de la desigualdad**

trata de una inequidad histórica que se reproduce en la vida cotidiana y las personas, todas, participan de ello. Ojalá y esto ocurriera sólo porque no oponemos resistencia. En ese caso bastaría con eso, con oponer resistencia. Desafortunadamente la desigualdad se ha naturalizado en la vida cotidiana. De esta manera se aprecia como algo ya dado por sentado. Es *natural* que los hombres sean celosos. Son *celosos* porque es su manera de expresar sus sentimientos, etc. Estas y otras expresiones hablan de dicha naturalización que sirve de justificación para la violencia que, al interior de una pareja lleva a situaciones serias.

En 2004, se publicaron los resultados de la Encuesta Nacional de las Dinámicas de las Relaciones en los Hogares 2003, éstos indicaron que "en México, 47 de cada 100 mujeres sufren algún tipo de violencia intrafamiliar, ya sea de carácter sexual, económico, físico o emocional. Paradójicamente -indica la nota en La Jornada del 2 de junio del 2004 - las principales víctimas son aquellas que tienen mayor nivel de instrucción educativa y las que trabajan". Esta encuesta es llamativa porque permite observar que esta violencia en la pareja heterosexual, tenía una dirección específica: de los hombres hacia las mujeres.

¿Cómo comprender tal situación sin atribuir responsabilidad individual a las mujeres, por mantenerse en un vínculo en el que reciben maltratos que pueden llevarlas incluso a la muerte? Es necesario un análisis de tipo relacional, para comprender cuáles son los elementos que permiten que las mujeres sean violentadas y al mismo tiempo sigan manteniendo el vínculo con su agresor.

**La construcción social de la victimización:
la naturalización de la desigualdad**

Cabe resaltar que la violencia contra las mujeres es considerada un problema de salud pública por la Organización Mundial de la Salud, siendo que en México existe un programa nacional dirigido a prevenirla, sancionarla y erradicarla (Programa nacional por una vida sin violencia 2002-2006). Pero, vamos avanzando en el tema.

Las mujeres y la naturalización de la desigualdad (slide 2)

El desarrollo del argumento feminista-culturalista que sustenta la construcción de diversas formas de apropiación del mundo, por parte de mujeres y hombres, a partir de su género, que no de su sexo, surge con el amplio reconocimiento de que el supuesto origen de los papeles sexuales, enmarcado en la primigenia división sexual del trabajo, es contravenido por un muy amplio discurso sobre el papel que la cultura y lo social tienen en la construcción de las mujeres y los hombres, así como en la construcción de lo femenino y lo masculino, como formas de apropiación y de construcción del mundo. Sabemos que las sociedades tienden a pensar sus propias divisiones internas mediante un esquema de pensamiento que separa a la naturaleza de la cultura. Así, por ejemplo se reconoce en el pensamiento de las sociedades a lo crudo, por contraposición a lo cocido, a lo salvaje, por contraposición con lo doméstico. Éstas y otras oposiciones son pensadas globalmente, unas en función de otras, constituyéndose así en categorías que no significan si no es por su opuesto. El caso que aquí nos ocupa es el mismo. No es posible pensar lo femenino sin la existencia de lo masculino. Pero esta oposición Masculino - Femenino, enmarcada en la cultura de las sociedades modernas no supone un determinismo pre-definido en la asignación del sexo. Si bien la diferencia entre un hombre y una mujer es evidente, que a las mujeres se les adjudique mayor cercanía con la naturaleza

**La construcción social de la victimización:
la naturalización de la desigualdad**

(supuestamente por su función reproductora) es un hecho cultural.

La perspectiva de género parte de la *asignación*, que la sociedad realiza en el momento en que el nuevo ser nace. Esto se define a partir de la apariencia externa de los genitales del hombre o de la mujer. Pero esta *asignación* de un género, es en realidad la atribución de un sexo que es sólo el inicio de un proceso cultural en el que surge la *identidad de género*. En la construcción de la persona, mediante el surgimiento de la conciencia, justo cuando se manifiesta la capacidad de comprensión simbólica del mundo, tal como lo plantea George H. Mead, la niña o el niño están a una muy pequeña edad (alrededor de los dos o tres años). Aún antes de tener una existencia como persona plena, los pequeños son rodeados por un mundo social que les prescribe el comportamiento, los sentimientos y las actitudes de *niño* o de *niña*. La conciencia social que surge de este proceso incluye, de manera consustancial, una identidad de género. Sus comportamientos, sus juegos, sus expresiones revelan dicha identidad de género.

Después de la *asignación* del sexo y con la *identidad de género* presente en la conciencia social, los niños y las niñas se relacionan con su mundo, a partir de la sanción y la prescripción social. Las normas que dictan el *buen actuar*, también indican el *papel de género*. Siendo así, el comportamiento de las niñas y los niños es diferencial, en todos los ámbitos de sus vidas.

Después de asignar el género y de participar en la construcción de su identidad, las instancias socializadoras se manifiestan en la prescripción del rol. Las niñas *bien portadas* y los niños *rebeldes y despeinados*. En el pasado los procesos de

**La construcción social de la victimización:
la naturalización de la desigualdad**

socialización se centraban en el aprendizaje del trabajo siguiendo las exigencias del padre o de la madre, según el sexo del hijo. En la actualidad el aprendizaje para la vida en sociedad se encuentra a cargo de otras instancias socializadoras como la escuela o los medios de comunicación.

La socialización es un proceso que dura toda la vida y en el cual cada uno aprende a desempeñarse en la sociedad y desarrolla un sentido de pertenencia a su grupo. Igualmente es en este proceso en el que se construyen formas del pensamiento social que servirán de referentes en el transcurso de la existencia. Se trata de un proceso ampliamente conocido por todos, porque lo hemos habitado. La prescripción social es de todos nosotros. Siendo hombres o mujeres, reconocemos lo que sí y lo que no. Identificamos las ventajas y desventajas de nuestro propio género, porque lo masculino y lo femenino, como formas del pensamiento social, son nuestras y están en nosotros. No obstante, no se trata de meras diferencias, ya que el mundo moderno es expansivo y público. Las sociedades modernas son masculinas. El diseño de nuestras sociedades también lo son. La referencia cultural a la complementariedad (lóbulos cerebrales o ying/yang) niega la desigualdad de fondo que representan las actuales construcciones del género femenino y masculino.

Como lo indica Serret (2000) las mujeres se convierten en tales a partir de su asociación simbólica con la femineidad, el cuerpo se simboliza y lo hace con lo otro, el afuera, la naturaleza, el caos, la oscuridad. Además lo femenino es desvalorado, las mujeres y las tareas al estar asociadas a este simbólico cambian automáticamente de valor. Para Hierro (2003) existe una condición femenina actual que "parte de la biología, obedece a las necesidades culturales y se sanciona por la doble

**La construcción social de la victimización:
la naturalización de la desigualdad**

moralidad positiva en todos los regímenes patriarcales. Se conserva y perpetúa a través de la educación femenina (57).

Dicha condición se caracteriza por ser de inferiorización, de control y uso de las mujeres. La inferiorización de las mujeres consiste en un ser para otro, para sus padres, hijos, hermanos, etc. Que les impide ser para sí mismas. Esta inferiorización está basada en lo biológico como la constitución física, talla, peso, menstruación, la posibilidad del embarazo y la lactancia; así como su interpretación social en donde gracias a esta constitución todas las mujeres deberían ser madres. Una posibilidad de reivindicación para las mujeres es su capacidad para dar amor, éste "es para la mujer la única posibilidad de valorarse, tanto individualmente como dentro de las jerarquías sociales" (Firestone cit. En Hierro, 2002, p. 29). Sin embargo para las mujeres dar y recibir el amor constituye el sentido de su vida, Kollontay (cit. En Hierro, 2002) dice que existe "la necesidad de que la mujer renuncie al amor como único sentido de vida, si desea ser libre, como los hombres" (29).

Otra oportunidad de superar esta inferiorización se encuentra en la mistificación de la condición femenina, que se expresa en los privilegios femeninos, como el ser mantenida y el trato masculino galante. Esta mistificación parte de un modelo donde las mujeres son madres, esposas y objetos eróticos, son bellas y jóvenes. Ese ideal tiene que ver con si "se ve igual, piensa igual y se reconoce igual a todas las mujeres de ese grupo social, en esa forma se elimina la disidencia, al eliminar la individualidad, a través de la conformación a un modelo de belleza femenino que no va más allá de los requerimientos y necesidades particulares del grupo masculino, a través de la conformación y necesidades particulares del grupo masculino que lo impone" (Hierro, 2003, p. 38) Entonces se divide a las

**La construcción social de la victimización:
la naturalización de la desigualdad**

mujeres en las amas de casa versus las profesionistas; la primera tiene privilegios de familia y es mantenida; la segunda tiene libertad sexual, independencia económica, y no forma una familia.

La inferiorización, el control y el uso son necesidades culturales que originan la división sexual del trabajo, son aprendidas en la familia, institución patriarcal que conforma el primer instrumento de dominación y esclavitud de las mujeres. Su función real es "enseñar a sus miembros a someterse a las jerarquías de poder establecidas dentro del patriarcado y a cumplir los roles establecidos (Hierro, 2003, p. 45). Allí se aprenden los roles masculino y femenino, se interioriza que son diferentes y que el primero es más valorado que el segundo. Familia, sociedad y escuela tienden a conservar la hegemonía masculina. Se nos educa para ser madres y esposas sumisas, para realizarnos a través de los hombres.

Violencia en la pareja (slide 3)

Desde el punto de vista de la que habla, el tema central, cuando nos referimos a la violencia inter-género, es el de la *Libertad*. De hecho es la libertad la que se coarta, se acota, se niega, cuando uno de los integrantes de la pareja violenta la relación. Una relación de pareja es no violenta cuando ambas partes son capaces de reconocer la libertad del otro y se ofrecen mutuamente el respeto a ella. Puede gustarnos o no el ejercicio de la libertad del otro, pero cualquier acción que socave el derecho que tiene el otro a *ser* y a *hacer* será violencia, en tanto que niega al otro como ser autónomo. Torres (2001) define como violencia a "una conducta humana (acto u omisión) con la que se pretende someter y controlar los actos de otra persona; como consecuencia de ello se ocasiona un

**La construcción social de la victimización:
la naturalización de la desigualdad**

daño o lesión y se transgrede un derecho. Se produce siempre en un esquema de poderes desiguales, donde hay un arriba y un abajo que pueden ser reales o simbólicos" (39). En este sentido la violencia tiene un origen social y no natural.

Hablando de relaciones de pareja, específicamente en el caso de la pareja heterosexual (aunque el coartar la libertad del otro puede ocurrir en cualquier tipo de relación humana), es importante el reconocimiento de la desigualdad emanada de la noción de género, en la vida cotidiana. Se concibe al género como una categoría de análisis que ha ido evolucionando. Por ejemplo, para Millet (1997) (cit. en Martínez, Araoz y Almada, 1997), el género es: "una construcción social e histórica específica que sobre la base biológica del sexo, norma lo masculino y lo femenino en la sociedad, así como las identidades subjetivas y colectivas. Igualmente condiciona la existencia de una valoración social asimétrica para varones y mujeres y las relaciones de poder que se establecen entre ellos" (38).

La masculinidad es, al igual que la femineidad, una construcción social, por lo tanto hablamos de distintas concepciones de ésta, que tienen que ver con el tiempo y lugar de donde la persona se desarrolla y de la forma en cómo lo interioriza, así como de las relaciones que establece con otras. Por lo tanto hablaremos de masculinidades, aunque describiremos algunos rasgos comunes de lo que podrían significar estas construcciones.

Comenzaremos estableciendo que existe una diferencia entre roles y estereotipos. El rol es sobre el hombre concreto, su conducta, actitudes y condiciones, a lo real. Los estereotipos

**La construcción social de la victimización:
la naturalización de la desigualdad**

se refieren a lo que se piensa que es típico de los hombres. La forma de estos estereotipos en la masculinidad puede resumirse según Yon Leau (1996) en las siguientes: Para Badinter (cit. En Fuller, 1997), la primera es la necesidad de diferenciarse de lo femenino, es decir de probar que son hombres en cada comportamiento que llevan a cabo, pues en éstos su identidad se pone en juego y no comprobar su masculinidad equivale a ser homosexual. Generalmente se confunde la masculinidad con ser hombre, virilidad u hombría, que más bien se refieren a las características sexuales, físicas como los genitales, la voz, la musculatura. Por eso cuando se ve cuestionada la masculinidad pareciera que se está cuestionando todo esto.

Así, los varones se ven inmersos en un entorno simbólico en el que los "verdaderos hombres" siempre están listos y esto se demuestra por el número de conquistas sexuales. La sexualidad masculina es percibida como irrefrenable, instintiva, animal y no necesariamente ligada con el afecto. Esta hipersexualidad justifica la infidelidad y la violación, pues al ser instintiva no puede ser controlada por el hombre y se justifica.

En cuanto a que son violentos, de acuerdo con la investigación de Ragauz (cit. en Yon Leau, 1996) para los hombres lo más importante en la definición de lo masculino es el dominio en la sociedad: autoridad y poder. La violencia de los hombres hacia las mujeres, niños y hombres homosexuales, es una forma de reafirmar su poder. De forma similar, realizar conductas donde arriesgan su vida sobre todo en la adolescencia, es parte de la afirmación de la identidad de género. Esto generalmente se realiza en las pandillas o grupos de padres, donde se pasan pruebas y ellos aunque tengan miedo, no lo demuestran y las cumplen.

**La construcción social de la victimización:
la naturalización de la desigualdad**

Es el varón hipersexuado con ejercicio irrefrenado de su sexualidad y se caracteriza por no asumir el rol de jefe de familia y proveedor. Estos son rasgos estereotipados de lo que significa el *ser hombre*. Obviamente estos rasgos podrían ser modificados para beneficio de los hombres mismos. Sin embargo las prescripciones sociales son de tal magnitud que este cambio no se produce. Los rasgos de la masculinidad que no permiten el cambio son: **(slide 4)**

- La dificultad que experimentan los varones para reconocer su vulnerabilidad y su necesidad de una ayuda exterior.
- La tendencia a culpar a los otros por el temor a cuestionarse sí mismos, a ser juzgados o rechazados.
- La dificultad para reconocer lazos de causalidad entre sus actitudes y comportamientos y las consecuencias para ellos mismos al ser juzgado o rechazado.
- La negación o huida de sus propios problemas y sentimientos mediante el trabajo compulsivo, el alcohol, las drogas o la violencia.
- El miedo a expresar sus emociones para no perder el control sobre sí mismos y brindar armas que pueden servir contra ellos.

En ese sentido se postula que la violencia está íntimamente ligada con el concepto del poder. Hierro (1998) dice al respecto que "Poder y violencia pueden sentirse como sinónimos porque realizan la misma función: "Hacer que los otros y las otras actúen como yo deseo". La violencia es la más flagrante manifestación de poder" (265).

Y el poder es "la probabilidad de imponer la propia voluntad, dentro de una relación social, aun contra toda

**La construcción social de la victimización:
la naturalización de la desigualdad**

resistencia y cualquiera que sea el fundamento de esta probabilidad" (Weber cit. en Villoro, 1998, p 167). Anteriormente dicha imposición de la voluntad propia sobre otros estaba identificada con el poder del Estado, y representada como las grandes represiones colectivas de su parte hacia los hombres que gobernaba. Esta concepción fue ampliada por Foucault, quien a pesar de haber estado de acuerdo con ella en algún tiempo, propuso después una nueva forma de comprender al poder y su ejercicio. En su obra *Vigilar y Castigar*, Foucault (cit. Aguilar, 1998), se refiere al poder como: "pequeños ardides dotados de un gran poder de difusión, condicionamientos sutiles, de apariencia inocente, pero en extremo sospechosos, dispositivos que obedecen a inconfesables economías, o que persiguen coerciones sin grandeza"(216).

Ya no se trataba de persecuciones policiacas o actos escandalosos de tortura, ahora el poder es observado como mecanismos que se presentan en la vida cotidiana, que son familiares y parecen tan naturales que es difícil notar su presencia, aunque se sabe que allí están.

Además, Foucault presenta al poder como "relaciones de fuerza" (Aguilar, 1998, p. 218), que se caracteriza por ser de tipo relacional, es decir, por lo menos con la participación de dos y la relación es inestable y móvil. Implica rasgos como la reproducción, dirección, resistencia, libertad y placer. La reproducción, se refiere a que cuando un sujeto ejerce poder sobre otro, este último tiende a buscar repetir el ejercicio de poder con otro; es decir, se convierte de receptor en ejecutor del poder. La dirección es el deseo de dirigir el comportamiento del otro. La resistencia, es la respuesta que genera el poder

**La construcción social de la victimización:
la naturalización de la desigualdad**

en quien está siendo ejercido, que lleva la posibilidad de elegir seguir con el vínculo o hacer algo para revertirlo. Finalmente, el placer de ejercerlo, de resistirlo o de reproducirlo. Otro punto importante es que el poder para Foucault (cit. Aguilar, 1998) no se divide en la dicotomía pasivo/activo, sino que para él los participantes en la relación son activos, de esa forma el ejercicio del poder puede intercambiarse entre ellos.

Pero, si el poder es tan flexible y ofrece la libertad de resistir, ¿por qué al parecer subyace a la violencia?. La explicación que ofrece Foucault (cit. Aguilar, 1998) es que dicho poder se convierte en dominación y en este momento es donde aparece la violencia. Según, Aguilar (1998) que sigue las ideas de este autor, las relaciones de poder: "dejan de ser variables y flexibles; no permiten más que los participantes tengan una estrategia que las altere; comienzan a armarse firmemente y a congelarse; previenen toda reversibilidad de movimiento, mientras que la inercia de la conciencia va sustituyendo unas libertades por otras, libertades reales, realmente creativas por libertades restringidas, libertad de decir si de varias maneras o de enfrentar situaciones dilemáticas violentas en cualquier caso" (220).

Es decir, el poder en su modalidad de dominación es el que da como resultado la violencia; aunque para Villoro (1998), es la propia dominación la esencia del poder: "no podría subsistir sin ella. Al desearse por sí mismo corrompe tanto a quien lo ejerce como a quien lo padece. Aquel tiene que buscar la humillación del otro, probar en él la violencia, con o sin guantes blandos, ensalzarse sobre él, utilizarlo en su provecho. El dominado debe aprender a ser

servil, obsequioso, y habituarse a seguir una voluntad ajena" (168).

"El círculo del poder y la violencia no se rompe con la inacción y la pasividad, pero tampoco con otro poder y otra violencia. Sólo puede "escapar al poder", como quería Sócrates, quien opone al poder de la coacción el contrapoder de una voluntad común, consciente del peligro permanente de convertirse ella misma en otra forma de poder coactivo" (Villoro, 1998, p. 175).

El problema surge cuando encontramos que en algunas culturas esta diferenciación del género en masculino y femenino que ya revisamos mas arriba, no es una relación entre iguales sino que existe una jerarquía que subordina y por lo tanto devalúa lo femenino, y le otorga ese poder dominante del que ya mencionamos también, a lo masculino. Y como hablamos de dominación entonces lo hacemos de violencia que en este caso tiene una dirección específica: de los hombres a las mujeres.

Dohmen (1994) dice que "Mujer maltratada se considera a toda persona del sexo femenino que padece maltrato físico, emocional y/o abuso sexual, por acción u omisión, de parte de la pareja con quien mantiene un vínculo de intimidad" (65). Además, hay que aclarar que la relación puede darse en el noviazgo, el matrimonio o la unión libre; la intensidad del abuso puede ser de diferentes tipos, en grados distintos que se repiten cíclicamente.

A través de la violencia los hombres tratan de garantizar que sus expectativas se cumplan, así mismo cuando sus miedos los aquejan restablecen el control con violencia, a través de todas

**La construcción social de la victimización:
la naturalización de la desigualdad**

las formas que conocen para hacerlo. La mayoría de los hombres rechazan formalmente la violencia contra la mujer e incluso la condenan. Lo que no logran reconocer son sus propios actos de violencia, ven la de otros pero no la suya. También identifican los actos más brutales y estereotipados de violencia. "Entonces, no se ven a sí mismos como hombres violentos o machistas porque según ellos sus comportamientos con sus esposas no son grotescos o descarados. Ellos no 'llegan a tanto' con sus parejas" (60). Otra explicación del comportamiento violento de los hombres lo señala Bonino (1995) cuando habla de los micromachismos y dice al respecto que éstos "son prácticas de dominación y violencia masculina en la vida cotidiana, del orden de lo micro, al decir de Foucault, de lo capilar, lo casi imperceptible, lo que está en los límites de la evidencia. El prefijo 'micro' del neologismo con el que nombro a estas prácticas alude a esto" (p.3). En este caso el micromachismo se refiere a imponer y mantener el dominio y su supuesta superioridad sobre la mujer, objeto de la maniobra, a reafirmar o recuperar dicho dominio ante la mujer que se 'rebela' de 'su' lugar en el vínculo; a resistirse al aumento de poder personal o interpersonal de la mujer con la que se vincula, o aprovecharse de dichos poderes, a aprovecharse del 'trabajo cuidador' de la mujer. Son el principio de posteriores tipos de violencia, se utilizan al principio de la relación para ir modelando la libertad de la mujer para su servicio. Los hombres los aprenden en su socialización donde se les enseña que tienen superioridad sobre las mujeres. Con ellos reafirman su control, superioridad y de atención exclusiva de la mujer hacia ellos. Parecen inofensivos, hasta normales, pero acumulados se convierten en un arma poderosa y se presentan como actitudes naturales de la vida cotidiana.

**La construcción social de la victimización:
la naturalización de la desigualdad**

La violencia puede aparecer en diferentes formas, algunas son visibles y otras son tan sutiles que son difíciles de identificar y mucho más de ser denunciadas. Otra característica es que algunas se asocian a conductas que son socialmente esperadas por quien las ejerce, en este caso el género masculino. La violencia inter-género puede ser observada como un ciclo que está constituido de tres fases: **(slide 5)**

Primera fase. acumulación de tensiones- comienza a partir de un problema que no se resuelve y produce molestia en alguna o ambas partes, que lleva a roces permanentes entre los miembros de la pareja, con un incremento constante de la ansiedad y la hostilidad (Corsi, 1992, p. 95). Se pueden presentar agresiones pasivas como el silencio o ignorar. También se presentan agresiones verbales y otras variantes de violencia psicológica como el control, asedio, celotipia. Y las mujeres pueden presentar trastornos alimenticios, de sueño o dolores de cabeza.

Segunda fase. Episodio agudo. Se trata de un momento o episodio en donde la tensión acumulada explota con conducta violenta y la intensidad de esta puede ser variable pero mortal. En esta fase se puede dar la oportunidad de modificar la relación o darse una ruptura, pues es una señal que en los casos anteriores puede ser atendida, pero también ignorada. Si sucede esto último se pasa a la siguiente fase.

Tercera fase. Luna de miel. En esta se produce el arrepentimiento por parte del agresor, se piden disculpas y se promete que no se repetirá el episodio de violencia. Lo anterior trae una aparente estabilidad hasta que se acumulan nuevas tensiones y se repite el ciclo. Este se va repitiendo

más rápido cada vez y llega a suceder que la fase de luna de miel desaparece.

Todas estas modalidades sobre el tipo y los niveles de violencia son útiles para el análisis pero no se presentan de esta forma en la vida cotidiana. Estos aparecen en forma combinada, dando lugar a una escalada de violencia en la pareja. Esta escalada es posible ya que la violencia tiene un carácter cíclico ya descrito y cada que se repite este ciclo, generalmente va acompañado de un aumento en la intensidad de la violencia.

La realidad está tejida por símbolos, significados y sentidos que constituyen el lenguaje, pero este no ocurre en la nada, sino en personas, construidas ellas mismas por él, que están en relación constante entre ellas.

¿Y qué nos dice la encuesta?

Las mujeres experimentan violencia al interior de sus relaciones de pareja, en la medida en que su instrucción educativa es más alta. Así podemos ver en la primera gráfica (**slide 6**) que las mujeres sin instrucción o con primaria incompleta reportan violencia en sus relaciones de pareja, en la misma proporción que se reportan relaciones de pareja sin violencia. Pero en la medida en que la mujer eleva su nivel de estudios, la proporción de relaciones de pareja con violencia se eleva.

Tal como podemos apreciar en la segunda gráfica (**slide 7**), en el caso de las mujeres con algún incidente de violencia tenemos que el tipo de violencia que viven es preponderantemente de

**La construcción social de la victimización:
la naturalización de la desigualdad**

tipo sexual y física, en las mujeres con menor instrucción. Pero en las mujeres con más nivel de estudios, la violencia reportada es de todos los órdenes, sexual, física, económica y emocional.

La tercera gráfica es muy interesante (**slide 8**), porque en ella podemos apreciar que las mujeres dedicadas a los quehaceres del hogar reportan en una menor proporción vivir violencia en la pareja, que las mujeres económicamente activas. Decir que esto es lógico, porque las mujeres que trabajan y sienten independencia económica no se dejan y reconocen la violencia es una posibilidad. Sin embargo, la encuesta revela que los incidentes de violencia son justificados por las mismas mujeres, por lo que esta explicación no resulta satisfactoria. En mujeres con mayor nivel educativo y con ingresos económicos propios, lo que encontramos es un discurso (las respuestas a esta encuesta) que reconoce que la violencia está *mal* pero que esperan que sus parejas dejen de ser violentos. En este sentido sigue reproduciéndose la idea de la mujer mártir, que a fuerza de soportar golpes y maltratos, alcanzará el reconocimiento de su hombre.

Esta situación se puede constatar en la gráfica 4 (**slide 9**), ya que no importa si se tiene o no independencia económica, la vivencia en la pareja, en el caso de las mujeres que reportan haber vivido por lo menos una situación de violencia, reportan preponderantemente violencia emocional.

Conclusiones. (slide 10)

La identidad de las mujeres está construida a través de roles tradicionales de la cultura a la que pertenecen. Por modelos de madres sumisas, padres proveedores o ausentes, que se

**La construcción social de la victimización:
la naturalización de la desigualdad**

relacionan en una violencia casi imperceptible, micropoderes para utilizar el concepto de Foucault, que fueron las formas a través de las cuáles las mujeres aprendieron a relacionarse con sus parejas. El ser mujer significa para ellas una dicotomía entre el ama de casa versus la profesionista con doble o triple jornada. Además de percibir al colectivo mujeres como una dificultad versus la libertad que tienen los hombres, en varios ámbitos de la vida cotidiana, desde los juegos de niños hasta la elección de profesión o siquiera la oportunidad de estudiar.

La violencia que los hombres, sus parejas, ejercen contra estas mujeres es justificada por ellas, asumiendo la responsabilidad por ellos, culpándose o explicándola por otros factores externos a los hombres, restando la responsabilidad que ellos deberían reconocer por este tipo de conductas.

Existe resistencia hacia el poder que se ejerce contra ellas, pues observamos que responden a los golpes, insultos, chantajes, etc. Sin embargo, esta reacción no se utiliza con fines de deshacer el vínculo, es decir, no se visualiza la posibilidad de elegir una alternativa a la situación de violencia contra estas mujeres, por ellas mismas.

Esta descripción nos lleva a concluir que la construcción social del ser mujer, para las mujeres que consideran así el mundo es la construcción social de una víctima, es decir, sufren por la violencia que se ejerce sobre ellas y tienen una idea de que éste no es un trato justo, pero no lo nombran como tal, es decir, no se llaman a sí mismas víctimas.

Lo que podría estarnos hablando de que la violencia, o algunos tipos de ésta y sus consecuencias continúan siendo invisibles.

**La construcción social de la victimización:
la naturalización de la desigualdad**

En este sentido, lo que encontramos fue que la violencia emocional es la que se reportó con más frecuencia, seguida de la física y la económica. Sin embargo, la que más se reconoce socialmente, por ejemplo en campañas contra la violencia hacia las mujeres es la que provoca lesiones físicas, los otros tipos pueden ser tan sutiles que no se identifiquen fácilmente o parezcan un comportamiento normal.

Como lo comenta Bonino (1995) en su artículo sobre micromachismos, en donde un hombre para conservar el control sobre su pareja tiene una amplia gama de recursos, como hacer un gesto que indique que si sus órdenes no se cumplan 'algo' puede pasarle a la mujer; no participar en las labores domésticas, ignorar las opiniones de ellas al momento de tomar decisiones, conductas aceptadas y normales para la cultura, que significan un acto de control hacia las mujeres.

Entonces podríamos decir que la victimización que observamos coincide con la que De la Cuesta (1994) llama victimización no derivada del delito o social - por lo menos desde la perspectiva de las mujeres- en el sentido de que se les obligue a ejecutar acciones que no deseen o que se les prohíban las que si desean, pues para ellas mismas éstas acciones forman parte de su construcción como mujeres.

Su identidad como tales es un complemento a la de los hombres, que legitima el machismo dominante y su maltrato; el maltrato no es identificado como un daño hacia ellas hasta que llega a un punto (pueden ser golpes u ofensas), en que lo pueden nombrar como sufrimiento y que las lleva a nombrarlo como daño o injusticia, lo que impide o retarda la separación de sus parejas violentas, pues si se identificaran como víctimas desde

el principio podrían atribuir responsabilidad de su violencia a los hombres y exigir que ellos mismos la detuvieran.

Esta representación también nos permitiría comprender qué elementos intervienen en el mantenimiento del vínculo de la relación de pareja en las mujeres que viven violencia. Pues este intercambio de significado de lo que es ser víctima y ser mujer, está legitimado por la cultura con una masculinidad dominante en que fueron educadas formal e informalmente - o como señala Hierro (2002) domesticadas - para ser mujeres. Una de las instituciones más importantes fueron la familia y el matrimonio o unión, que se encarga de reproducir los estereotipos de lo masculino y de lo femenino, a través de los padres, madres y sus relaciones.

Es decir, en el contexto de estas mujeres, existe una narración de victimización legitimada para éstas, aunque no sea nombrada e identificada por ellas como tal. En esta historia que pareciera individual, pero que según Gergen (1996) es colectiva, observamos que las mujeres nacen, crecen y se casan o tienen una pareja, pueden tener otras características - como ser profesionistas o empresarias - pero el tema central de sus historias, donde coincidimos con Kollontay (cit. En Hierro, 2002) es el amor; sus alegrías, pasiones y problemas se guían a través de éste. Pensar en un proyecto de vida que no contemple sobre todo el amor de pareja aún no es viable.

Falta un modelo alternativo de feminidad, formal e informal, que incluya como valores la independencia y la libertad; sobre todo en lo que concierne a la relación de pareja no se ha construido un proyecto viable en este contexto, donde las mujeres puedan concentrarse en aspectos, por ejemplo, la ciencia, el arte, la política, los negocios, etc. Además del

amor, lo cual impide que las mujeres tengan un guión en donde soportar un cambio, y es precisamente en dónde se ubica nuestra propuesta a la problemática que hemos planteado a lo largo de este escrito. **(slide 11)**

Bibliografía

- Aguilar, R. M. (1998). "Violencia y micropoderes". En A. Sánchez (Ed.). *El mundo de la violencia*. México: UNAM/FCE.
- Bonino, M. L. (1995). "Micromachismos: la violencia invisible en la pareja". En J. Corsi (Ed.) *La violencia masculina en la pareja*. Madrid: Paidós.
- Corsi, J. (1992). "Abuso y victimización de la mujer en el contexto conyugal". En A. Fernández y M. Belluci (Eds) *Las mujeres en la imaginación colectiva. Una historia de discriminación y resistencias*. Buenos Aires: Paidós.
- De la Cuesta, A. (1994). "Victimología y victimología femenina: las carencias del sistema". En A. De la Cuesta (Ed) *Victimología Femenina: asignaturas pendientes para una nueva ciencia*. Cádiz: Universidad de Cádiz.
- Dohmen, M. (1994). "Abordaje interdisciplinario del síndrome de la mujer maltratada. Proceso secuencial". En J. Corsi (Ed.) *Una mirada interdisciplinaria sobre un grave problema social*. Barcelona: Paidós.
- Ferreira, G. (1996). *La mujer maltratada*. México: Hermes
- Gergen, K. (1996). *Realidades y relaciones. Aproximación a la construcción social*. Barcelona: Paidós.
- Hierro, G. (2003). *Ética y feminismo*. (2ª. Ed.). México: UNAM.

LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA VICTIMIZACIÓN

LA NATURALIZACIÓN DE LA DESIGUALDAD

Mtra. Angélica Bautista López
UAM Iztapalapa

Junio 30, 2011

LAS MUJERES Y LA NATURALIZACIÓN DE LA DESIGUALDAD

El papel de la cultura y lo social en la construcción de las mujeres y los hombres y en la construcción de lo femenino y lo masculino como formas de apropiación y de construcción del mundo.

Siendo hombres o mujeres, reconocemos lo que sí y lo que no. Identificamos las ventajas y desventajas de nuestro propio género, porque lo masculino y lo femenino, como formas del pensamiento social, son nuestras y están en nosotros.

La inferiorización de las mujeres consiste en un ser para otro, para sus padres, hijos, hermanos, etc., que les impide ser para sí mismas.

Una relación de pareja es no violenta cuando ambas partes son capaces de reconocer la libertad del otro y se ofrecen mutuamente el respeto a ella.

Los varones se ven inmersos en un entorno simbólico en el que los “verdaderos hombres” siempre están listos y esto se demuestra por el número de conquistas sexuales.

Para los hombres lo más importante en la definición de lo masculino es el dominio en la sociedad: autoridad y poder.

Los rasgos de la masculinidad que no permiten el cambio son:

- **La dificultad que experimentan los varones para reconocer su vulnerabilidad y su necesidad de una ayuda exterior.**
- **La tendencia a culpar a los otros por el temor a cuestionarse sí mismos, a ser juzgados o rechazados.**
- **La dificultad para reconocer lazos de causalidad entre sus actitudes y comportamientos y las consecuencias para ellos mismos al ser juzgado o rechazado.**
- **La negación o huida de sus propios problemas y sentimientos mediante el trabajo compulsivo, el alcohol, las drogas o la violencia.**
- **El miedo a expresar sus emociones para no perder el control sobre sí mismos y brindar armas que pueden servir contra ellos.**

Primera fase. Acumulación de tensiones- comienza a partir de un problema que no se resuelve y produce molestia en alguna o ambas partes, que lleva a roces permanentes entre los miembros de la pareja, con un incremento constante de la ansiedad y la hostilidad.

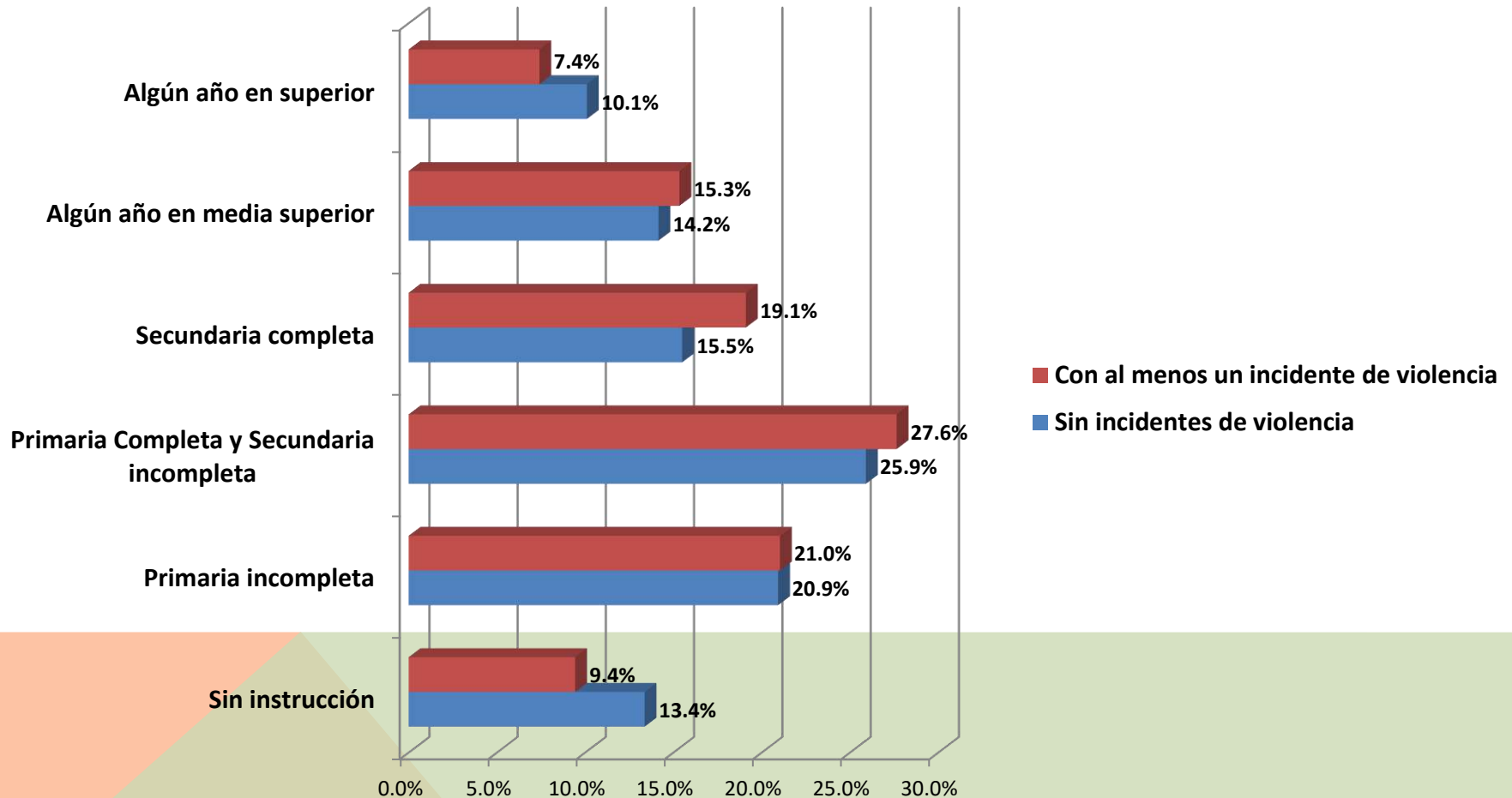
Segunda fase. Episodio agudo. Se trata de un momento o episodio en donde la tensión acumulada explota con conducta violenta y la intensidad de esta puede ser variable pero mortal.

Tercera fase. Luna de miel. En esta se produce el arrepentimiento por parte del agresor, se piden disculpas y se promete que no se repetirá el episodio de violencia.

ENCUESTA

MUJER POR NIVEL DE INSTRUCCIÓN, SEGÚN CONDICIÓN DE VIOLENCIA HACIA ELLAS, POR PARTE DE SU PAREJA Y TIPO DE VIOLENCIA

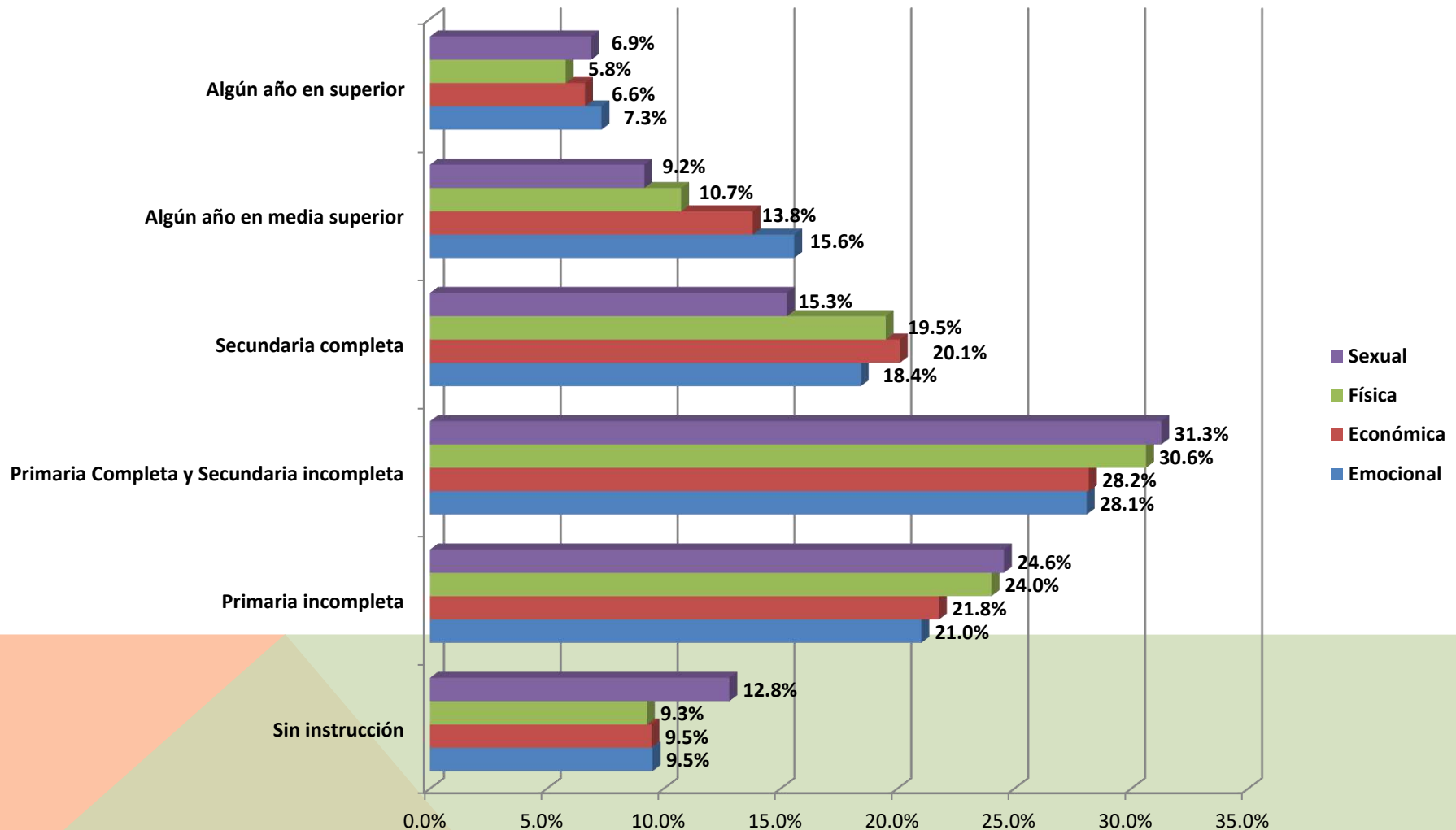
Mujeres entrevistadas	
Con al menos un incidente de violencia	9,064,458
Sin incidentes de violencia	10,182,467
Total	19,246,925



Fuente: Encuesta Nacional de las Dinámicas de las Relaciones en los Hogares 2003, INEGI

ENCUESTA

MUJER POR NIVEL DE INSTRUCCIÓN, SEGÚN CONDICIÓN DE VIOLENCIA HACIA ELLAS, POR PARTE DE SU PAREJA Y TIPO DE VIOLENCIA

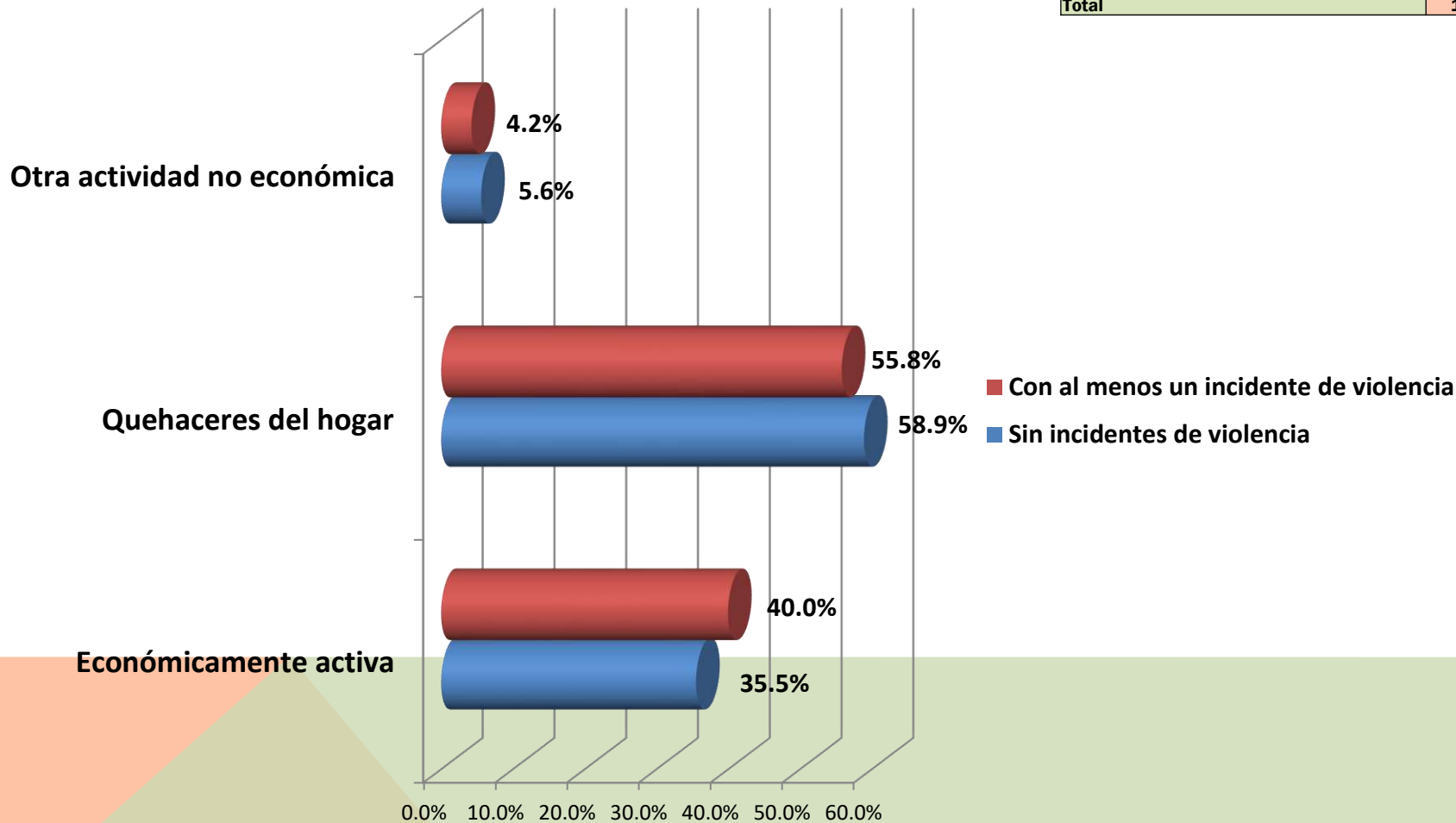


Fuente: Encuesta Nacional de las Dinámicas de las Relaciones en los Hogares 2003, INEGI

ENCUESTA

MUJER POR NIVEL DE INSTRUCCIÓN, SEGÚN CONDICIÓN DE VIOLENCIA HACIA ELLAS, POR PARTE DE SU PAREJA Y TIPO DE VIOLENCIA

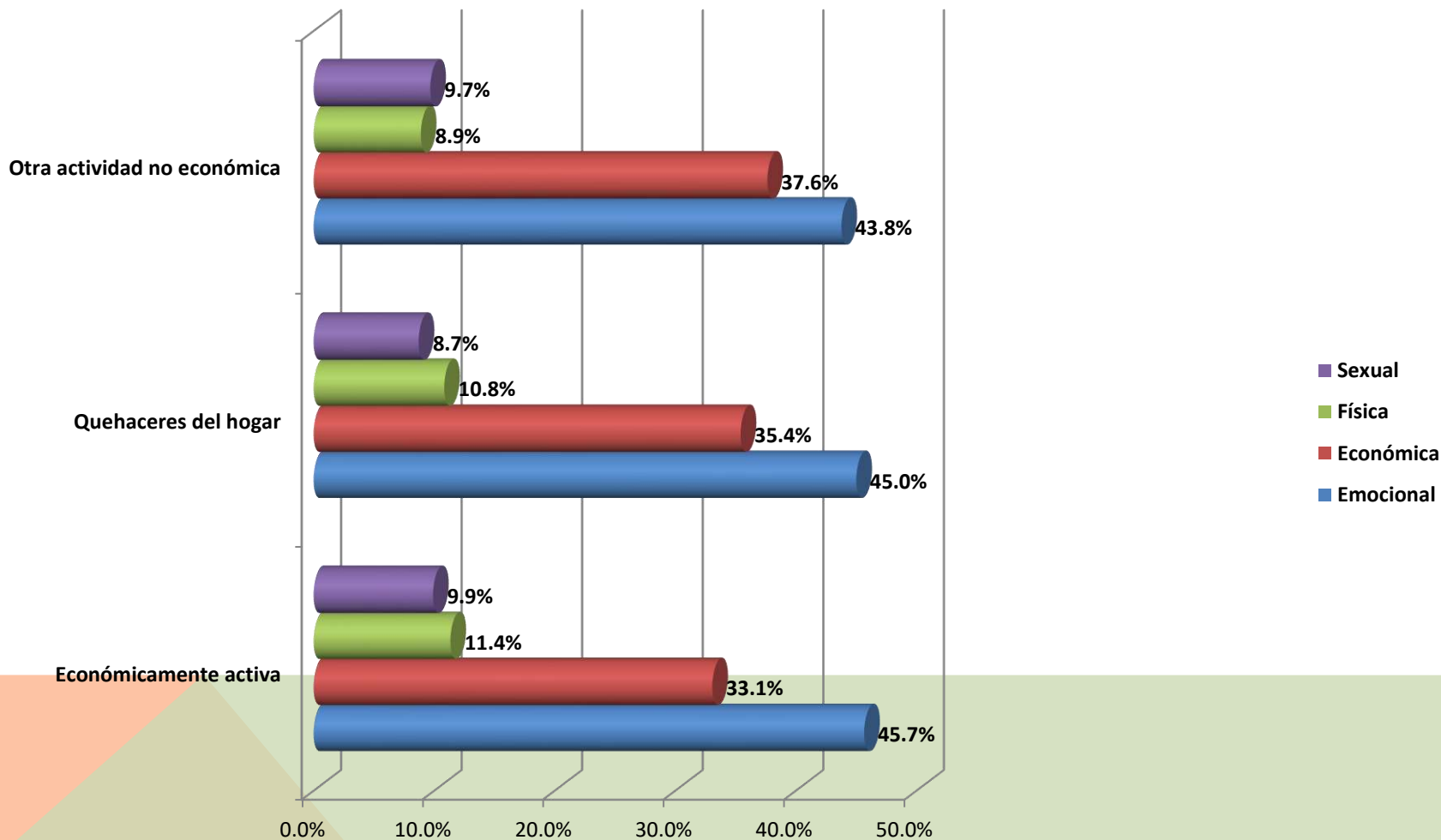
Mujeres entrevistadas	
Con al menos un incidente de violencia	9,064,458
Sin incidentes de violencia	10,182,467
Total	19,246,925



Fuente: Encuesta Nacional de las Dinámicas de las Relaciones en los Hogares 2003, INEGI

ENCUESTA

MUJER POR NIVEL DE INSTRUCCIÓN, SEGÚN CONDICIÓN DE VIOLENCIA HACIA ELLAS, POR PARTE DE SU PAREJA Y TIPO DE VIOLENCIA



Fuente: Encuesta Nacional de las Dinámicas de las Relaciones en los Hogares 2003, INEGI

La identidad de las mujeres está construida a través de roles tradicionales de la cultura a la que pertenecen.

La violencia que los hombres, sus parejas, ejercen contra estas mujeres es justificada por ellas, asumiendo la responsabilidad por ellos, culpándose o explicándola por otros factores externos a los hombres, restando la responsabilidad que ellos deberían reconocer por este tipo de conductas.

Existe resistencia hacia el poder que se ejerce contra ellas, pues observamos que responden a los golpes, insultos, chantajes, etc.

Falta un modelo alternativo de feminidad, formal e informal, que incluya como valores la independencia y la libertad.

¡GRACIAS!

Mtra. Angélica Bautista López
UAM Iztapalapa
angelicabautista@hotmail.com